

LA POESÍA DE DIONICIO MORALES:

“UNA MALDITA PROVOCACIÓN DE GLORIA

AL INFINITO”

José Francisco Conde Ortega*

Ervoroso lector, Dionicio Morales ha conseguido apropiarse de la herencia literaria para construirse una voz original y personalísima. Es decir, ha educado su oído en su experiencia de lectura y, del mismo modo, ha logrado hacerse de un estilo de mirar cuya peculiaridad se advierte en esa particular manera de nombrar. El resultado: un rigor en el oficio, fruto de la paciencia y la constancia, y una certeza para observar ciertos detalles del mundo y decirlos en el relámpago –inevitablemente transitorio– de su breve historia. No obstante, en ese encuentro –la palabra y la experiencia visual– la realidad poética, la capacidad de la palabra para ceñir esos detalles, ocultos para otros ojos, conforman y señalan una obra de madurez y hallazgos.

Dionicio Morales nació en Cunduacán, Tabasco, en 1943. Estudió letras hispánicas en la UNAM. Fue secretario de Carlos Pellicer en el Museo de Tabasco, codirector de las revistas *Pájaro Cascabel*, con Thelma Nava, y *La vida literaria*, con Marco Antonio Montes de Oca; así como director del taller de poesía de la Asociación de Escritores de México. Ha colaborado en numerosas publicaciones, tanto revistas literarias como suplementos culturales. Ha sido crítico de artes plásticas. Sus libros de poesía son: *El alba anticipada*, Ediciones de la revista *Pájaro Cascabel*, México, 1965; *Inscripciones*, Ediciones de la revista *Parva*, México, 1967; *Variaciones*, Cuadernos Cara a Cara, México, 1983; *Inscripciones y Señales*, Ediciones Anfión, México, 1985; *Romance a la usanza antigua*, Letra Capitular, México, 1989; *Retrato a lápiz*, Cuadernos de Malinalco, Malinalco, 1990; *Retrato a lápiz. Antología personal*, UAEM, Toluca, 1992; *Imágenes congregadas*, UNAM, México, 1993; *Dádivas*, Ediciones Los Domésticos, Mexicali, 1995; *Retrato a lápiz. Antología personal*, SOGEM-IPN, México, 1996; *Las estaciones rotas y Dádivas*, Ediciones de la revista *Graffiti*, Jalapa,

* Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

1996; *Dádivas y otros poemas*, SOGEM-ISSSTE, México, 1999; *Dionicio Morales*, Material de Lectura, núm. 200, UNAM, México, 1999, y *Las estaciones rotas*, UAM-Xochimilco, México, 1999.

Ahora se reúnen tres títulos de Dionicio Morales: *Retrato a lápiz*, *Dádivas* y *Las estaciones rotas*, de 1990, 1995 y 1999, respectivamente. Y vale la pena aceptar un juego de lectura. El que aparezcan en un solo volumen permite aceptar propuestas y provocaciones: éstas, porque es posible advertir las obsesiones escriturales del poeta; aquéllas, en tanto que permiten encontrar una coherencia interna y una decantación de procedimientos y formas de ver el mundo.

Las cosas que nombra Dionicio Morales son vistas –entrevistas– a partir de referentes que, como urgencia de conocimiento, les confieren una apariencia inusitada. Así, el tiempo, la luz y el sueño lo llevan a través de las palabras que puedan suscitar en el lector un asombro renovado; y en cada palabra y en cada sílaba –en cada vuelta del significado– ese lector se involucra en la experiencia de un estar en el mundo, pero, sobre todo, de un percibir el mundo con el oído bien afinado y la mirada absorta.

Es cierto, en la poesía de Dionicio Morales existe una suerte de aspiración metafísica. Cada objeto es nombrado no solamente por el contorno que limita su espacio físico, sino también, y especialmente, por su capacidad de conmover, de herir la susceptibilidad del lector. Por eso la mirada del poeta es peculiar. Sabe observar y compartir sus hallazgos; pero su mirada va más allá. Por eso el territorio de lo nombrable adquiere transparencias y opacidades; aspiraciones y ensueños: tiempo y memoria y luz. Como Jorge Guillén, Morales encuentra el júbilo del mundo; como Carlos Pellicer, busca la luz que ilumina espacios inauditos.

Dionicio Morales ofrece su versión de la herencia literaria. Decanta su experiencia de lector y encuentra su propia voz. Esto le permite afinidades espirituales, diálogos con otros pares, encuentros de resonancias a las que responde con el rigor del oficio y la vigilia. Y creo que esos espíritus afines bien podrían ser Carlos Pellicer, Efraín Huerta y Pablo Neruda.

Si el autor de *Hora de junio* encontró la luz del trópico para su caudaloso acervo léxico, el de *El alba anticipada* participa de esa misma luz –y de ese territorio original– para expresar otra armonía en poemas personalísimos y de una extraña transparencia. Y con el gran cocodrilo encontró una actitud: la distancia estética ante el propio poema a partir de la ironía, del humor inte-

ligente, de la propia inmolación cuando los versos transitan por el filoso equilibrio de la sensibilidad extrema. Con Neruda comparte la conciencia del exilio interior. Y la asunción de éste. Y con todos ellos la conciencia del tiempo inaprehensible. El tiempo es el imponderable y la trampa mayor; el poema, el único y frágil escudo ante sus asechanzas. Entonces sólo tenemos la palabra que nombra y es nombrada.

Por eso la atenta mirada de Dionicio Morales es una suerte de resguardo ante la sombra del olvido. Así, los poemas de *Retrato a lápiz* suponen la imperiosa necesidad de luz y de espacio físico; de sol y de permanencia. Como si no bastara la palabra, se impone la pertinencia del trazo. Dice en el primer poema, construido con impecables endecasílabos:

Junio movió la luz como si nada.
Orden de Dios oculto y asombrado.
Rodó el azul-morado. Disipado
ganó la oscuridad. Ensimismada,
esa línea de luz, petrificada.
dulcificó palabras amaestradas
untuosas como el mar. Agua sedienta,
ara el sur su horizonte descastado
rarecido de ser. Y navegante.
triza el agua tu canto irreverente
en el fluir misógino del viento.

El poema, a partir del fluir de los encabalgamientos, permite seguir un ritmo sobresaltado, como si se reprodujera el latir de un corazón que se acelera. Y el juego de asonancias y consonancias en las rimas deja advertir evocaciones gozosas –el poema se titula “Pelliceriana”–, como el último verso, cuya resonancia lorquiana esclarece la lucha eterna entre la quietud y el movimiento, la oscuridad y la luz: el silencio y el canto.

Retrato a lápiz es un libro de homenajes. A los amigos, al recuerdo de los daños, a la destrucción del amor, al cuerpo, a la belleza... y al poema. Por eso dice, en el poema que le dedica a Margarita Michelena:

Pero un ángel invicto, tu poesía,
nace trémula en tu garganta
y canta, y sueña, y edifica

Canto del iluso que cree en las apariencias:

Hoy mi ceguera
es más ciega
que
tú.

Dádivas es la asunción del derecho de estar en el mundo. Y de llenar de luz las cosas que nombran. Mejor: dejar que la luz de esas cosas que están allí para ser dichas nos invada e ilumine nuestra percepción. Las flores y los animales de ese espacio exigen su oportunidad para llenar con sus colores y su savia a cada palabra irrepetible. Por eso la dalia es:

Dolorida, negada a la fragancia, puebla a la primavera de coloraciones asombrosas con una muchedumbre de sosegados pétalos. Funda su soberanía bajo el cielo de México con sus fulguraciones saturnales y resiste los cambios de estaciones en la mirada amorosa de los hombres.

Asombro de luz, posibilidad de encuentro con el sol, el aire y las virtudes del intelecto, la mirada del poeta es, asimismo, jubilosa conciliación de los contrarios. Por eso la orquídea es “una maldita provocación de gloria al infinito”; y el chile, “un relámpago sagrado preso en la severísima carnalidad de la lujuria”. O la piña, en un poema impecable de sonoridades donde la sensualidad erige su imperio:

Nacida sobre la sepulta negrura de la tierra creció, por un loco desvelo de la vida, preñada de relucientes y succulentos amarillos. La mano misteriosa de Dios desgrana rebanadas de sol un mediodía a su oasis de miel.

Es en estos poemas donde la capacidad para crear imágenes se desborda. Y Dionicio Morales consigue tensar el lenguaje hasta su extrema decantación. Y consigue, en el conjunto del poema, procedimientos esenciales del *hai-kai*. Véase el poema “Aguacate”:

Bajo la suave cáscara morada que cubre
su testicular anatomía, un pasaje de
verde derretido madura y endurece
sigiloso la ambrosía del mundo. Seda
casi carne, piel de abril.

Por eso los animales irrumpen en ese espacio de luz y de tiempo.
Nacen de la palabra y con ella se descubren. Encuentran otra razón
de ser. O, acaso, una nueva razón para ser nombrados. Así, del
guajolote se puede decir que “su cola es un terco abanico desvaído”; y del quetzal que,

De noche, cuando
duerme, su cuerpo se abandona al
delirante oficio de irisar los sueños
de los hombres.

Un ejemplo cimero de estos encuentros entre la imagen y la palabra
justa, entre la economía del lenguaje y la voluntad de nombrar se
dé en “Colibrí”:

En su ala derecha una sinfonía pastoral
murmura eternidades; en la izquierda el
ruido del mundo encarniza la tempestad.
Su gracia radica en el fino equilibrio del
espacio al filetear su cuerpo, en su
mirífico desparpajo de piedra filigrana
rodando por los aires.

Las estaciones rotas es un libro de clara madurez. Pareciera que el
poeta ha absorbido más de un desengaño. Y, paradójicamente, su
expresión se vuelve más clara, más “transparente”, quizás por el
derecho que le da el sentirse exiliado del tiempo de los hombres.
Así, su discurso, sin menoscabo de sus procedimientos para en-
contrar la imagen súbita y esclarecedora, va más en busca del
sentido último de las cosas. Cierta tensión del ánimo evoca un
temprano ajuste de cuentas. Es posible que, ahora, el espejo de luz
en que se mira se haya enturbiado por el paso del tiempo, por el
sueño borroso de las ilusiones perdidas, por la inestable certeza
de lo efímero. Dice el poeta en los versos finales de “La ciudad”:

Los ojos son faros equidistantes
que borran la sórdida distancia del deseo
Los cuerpos son navios que se fueron a pique
se acoplaron en las profundidades.

Y en la estrofa final de “El árbol”:

Así el hombre. Como este viejo árbol sembrado
frente a la puerta de la casa donde vivo,
cumple su ciclo, reverdece con los años,
en otra tierra,
con nuevas gentes,
en cualquier lado.

Dolorida conciencia de que, al mirarse en el único espejo disponible –el tiempo, la certidumbre del olvido–, el poeta aventura su última oportunidad con el poema. Apuesta de riesgo mayor, sobre todo cuando se reconoce finito y transitorio: fugaz como la escindida piel de marzo. Escribe en la primera estrofa de “Las estaciones rotas”:

Una mañana que ahora sé era impura
descubrí tu corazón granada reventada
a puñetazos desde su nacimiento
que la luz del día me heredó como quien arroja
de mal modo un pedazo de pan a un pordiosero
sobra negra de un sórdido banquete.

Y así como Efraín Huerta había escrito que “el amor es la piedad que nos tenemos”, Dionicio Morales escribe:

El tiempo es el reclamo podrido del amor.
En él se sepulta sin querer
el último signo de vida.

Fervoroso lector, la poesía de Dionicio Morales sí conlleva una aspiración metafísica. La encuentro llena de luz y de posibilidades de nombrar, materializada en la agudeza de una mirada absorta y agradecida es, también, la dolorosa certidumbre de que el tiempo es invencible. Y que la mirada, paciente escudriñadora de

realidades inéditas, puede ser un señuelo para soportar esta vida,
irrevocablemente transitoria:

Ahora unas viejas apestosas gotas de sudor
resbalan por la piel
como por una candela apagada.

Ciudad Nezahualcóyotl-UAM-A, verano de 2010.